



Salvador Camacho Sandoval

2021

Escuchar a los que no fueron escuchados. El uso de la historia oral en un estudio sobre jóvenes rebeldes sesenteros

En S. Liddiard Cárdenas, J.A. Trujillo Holguín, F.A. Pérez Piñón y G. Hernández Orozco (coords.). *La historia oral: usos y posibilidades en la investigación histórico-educativa* (pp. 215-240). Chihuahua, México: Red de Investigadores Educativos Chihuahua.



Esta obra está bajo licencia internacional
Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0.
CC BY-NC 4.0

Escuchar a los que no fueron escuchados. El uso de la historia oral en un estudio sobre jóvenes rebeldes sesenteros

SALVADOR CAMACHO SANDOVAL

¿Hice “historia oral” en mi tesis de maestría en los años ochenta sin tener mucha conciencia de ello? Realicé más de 20 entrevistas a profesores, campesinos y líderes obreros que vivieron y participaron a favor y en contra de las reformas sociales del presidente Lázaro Cárdenas, entre 1934 y 1940. Recuerdo haber conversado largas horas con ellos y retomar, al final, tan solo algunos fragmentos de sus opiniones y experiencias ocurridas durante aquellos años. Aún tengo una grata sensación del impacto afectivo que me provocó escuchar historias intensas de vida, en las que hubo muchas dificultades pero también muchos logros y satisfacciones. Algunas de estas entrevistas se hicieron a profundidad, pero mucho material ya no fue usado en el reporte final de la tesis. Allí quedó para usarlo posteriormente en algunos artículos que nunca se escribieron.

Recuerdo, por ejemplo, al profesor José T. Vela, que había sido supervisor de zona durante la educación socialista y que en 1914, junto con sus compañeros, habían ido a pedirle al general Francisco Villa que intercediera por ellos ante el gobernador de Aguascalientes para que, por fin, les pagaran varios meses de trabajo en sus respectivas escuelas. El general había asistido a la Convención Revolucionaria y había convertido un vagón en una especie de oficina de despacho en la estación de ferrocarril al oriente de la ciudad. El profesor Vela, ya con muchos años a cuestas pero con una extraordinaria memoria, me contó detalles de su encuentro con aquel líder controvertido y carismático que se convirtió en héroe revolucionario y que fue sujeto de maravillosas leyendas. La manera como me narró aquella experiencia, por su elocuencia y sugestivos pormenores, es tema de otro texto.

También recuerdo las entrevistas que hice a los profesores que me dijeron que habían apoyado la educación socialista y que habían sido, a la vez, maestros de niños y adultos, asesores de campesinos, organizadores sindicales y líderes políticos. Viene a mi memoria cómo varios de ellos hicieron mención del difícil ambiente en el que hacían su trabajo y del asesinato de uno de sus compañeros, el profesor David Ibarra Moreno, ocurrido el día 22 de mayo de 1935 en la Hacienda de Santa Inés, a manos de un grupo de campesinos que creían que las maestras y maestros que habían llegado a las comunidades rurales eran agitadores comunistas que tenían el propósito de quitarles la religión y enseñar sexualidad a los niños. Por otro lado, también escuché a las maestras que habían renunciado a su trabajo porque decían no compartir la ideología socialista que impulsaba el gobierno, así como a mujeres quienes, sin tener una formación normalista, se incorporaron a enseñar en escuelas clandestinas, con el respaldo del obispado y la complicidad de padres de familia. Entre ellas entrevisté a mi madre, a quien pude hacerle una larga historia de vida por su experiencia y, en general, por su trayectoria como una mujer extraordinaria, y no la hice.

Años después recuperé mediante la consulta documental y la historia oral parte de lo que fue la creación y promoción artística y cultural de Aguascalientes en el siglo XX. En un principio me había llamado la atención la presencia de importantes personajes de finales del siglo XIX y principios del siguiente. En la lista estaban José Guadalupe Posada, Jesús F. Contreras, Manuel M. Ponce, Saturnino Herrán, Ramón López Velarde, Francisco Díaz de León y otros nacidos y avecindados en el estado; ellos eran y siguen siendo íconos sobresalientes e identitarios para los aguascalentenses y relevantes en la historia de la cultura y las artes en el país.

Luego me llamó la atención el proyecto de Casa de Cultura de los años sesenta del siglo XX que luego, por su éxito, fue replicado en otros estados. El creador principal, Víctor Sandoval, y otros artistas en varias entrevistas me comentaron que lo que querían impulsar eran talleres más que crear una universidad de las artes, deseaban “no un palacio, sino una casa para todos”. Para comprender esta historia investigué que la tradición de “llevar la cultura al pueblo” tenía un antecedente en las misiones culturales de José Vasconcelos al crearse la Secretaría de Educación Pública (SEP) en 1921, y en la educación socialista impulsada durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. En Francia, en los últimos años de la década de los cincuenta, el gobierno del general Charles de Gaulle (1958-1969) impulsó la creación de casas de cultura dirigidas a los grupos populares. El responsable era el ministro de Asuntos Culturales, André Malraux, quien, inspirado por Jules Ferry, se propuso llevar la

cultura a todos los ciudadanos de la república francesa, “hacerla popular”, para lo cual creó las *Maisons de Jeunes et de la Culture*, que marcaron profundamente la vida de los barrios y municipios en Francia durante varias décadas (Camacho, 2010).

La reconstrucción de esta historia contemporánea me hizo retomar mi gusto por la entrevista como una extraordinaria herramienta de investigación, porque no solo me daba información sino perspectiva, sentido. Fue tanta la satisfacción que me dio tener conversaciones con artistas y promotores culturales que seleccioné algunas y también se publicaron (Camacho, 2009). Todo esto lo hacía considerando que me involucraba en la historia oral e historia regional, para lo cual investigué algo que aquí comparto a manera de notas.

1. NUEVAS PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS

El origen de la historia oral, dicen Eugenia Meyer y Alicia Olivera de Bonfil en su ensayo ya clásico “La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas”, se debe al historiador norteamericano Allan Nevins, profesor de la Universidad de Columbia, quien al estar elaborando una investigación a finales de los años veinte y principios de los treinta del siglo XX sobre Groover Cleveland, primer presidente demócrata de los Estados Unidos después de la Guerra Civil, comprendió la importancia de rescatar vivencias personales de muchos de los contemporáneos del biografiado. En México el desarrollo de la historia oral, dicen estas autoras, llegó en 1959, cuando el profesor Wigberto Jiménez Moreno, entonces jefe del Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, coordinó la organización de un archivo sonoro, “con objeto de recabar y preservar testimonios vivos de personajes destacados, tanto en el campo político como en el militar, durante la Revolución de 1910” (Meyer y Olivera, 1971, pp. 381 y 373).

Como se puede apreciar, este tipo de historia es muy reciente, aunque el interés por recuperar la memoria de una persona o una colectividad mediante la oralidad es una tarea muy antigua. Lo que ahora se enfatiza es la intencionalidad y claridad de los objetivos académicos, el fundamento epistemológico y la sistematicidad metodológica.

Desde que hice las entrevistas a personas que vivieron la reforma educativa y otras medidas impulsadas por el gobierno de Lázaro Cárdenas supe de su utilidad y de la riqueza de contenidos que otros acercamientos disciplinares y metodológicos no me proporcionaban. No solo se trataba de usar la oralidad como una técnica más, que ya es mucho decir, sino que con ella se profundizaba en el conocimiento

de hechos y, de manera especial, se podían recuperar opiniones y emociones. Las mismas expresiones corporales me decían mucho de la persona y de lo que me narraba, su pasión al recordar sus luchas de reivindicación social, además de que yo la disfrutaba, me daba pistas para comprender mejor los sucesos que investigaba.

De esta manera me incorporé a las corrientes de la historia local y regional, la historia social y otro tipo de historias que ya se venían dando en otros países y que en México tuvieron su fortaleza a partir de un cuestionamiento a la historia nacional y política. A raíz de discusiones y propuestas de académicos liberales y de izquierda en México se reconoció que el desarrollo de la historia académica se había concentrado en el estudio del ámbito nacional desde la perspectiva de quienes vivían en la Ciudad de México, sin atender y comprender lo que ocurría en las regiones y las localidades. Esto respondía a que desde el surgimiento del Estado-nación en México en el siglo XIX se concibió a la historia nacional como una historia política uniforme y monolítica, que marginaba e ignoraba las diferencias sociales, culturales y políticas existentes en todo el territorio nacional.

En el caso de la historia local, se sabe ahora que fue Luis González y González uno de los principales pioneros de este tipo de estudios. Con su investigación *Pueblo en vilo* se tuvo el convencimiento de que los historiadores y las instituciones de investigación podían estudiar las pequeñas localidades que no aparecían en el mapa ni en los libros de historia patria. Asimismo puso la atención en otros actores (actrices) sociales que no eran autoridades y líderes políticos pero tenían gran relevancia en el desarrollo de los acontecimientos históricos de la población donde vivían. Coincidiendo con planteamientos marxistas de estudiar a las “clases subalternas”, Luis González se enfocó en entrevistar y conocer a la “gente común”, a su gente en su pueblo natal, para entender sus costumbres y posicionamientos personales y comunitarios ante sucesos importantes de carácter local y global. Así, “desde el kiosco contemplaba el mundo”.¹

Luis González y González, en su peculiar manera de escribir, reivindicó la historia local o microhistoria: “Ya es tiempo de que la historia local lance su grito de independencia. Ya lo han hecho algunas hermanas”, afirmó en 1971, y desatendió la crítica de quienes hacían “macrohistoria”, pues ellos veían “con olímpico desprecio a las hormigas de la verdad, en buena medida porque no comprenden

¹ Agradezco el apoyo de Yolanda Padilla Rangel, exalumna de Luis González, con quien desde hace 35 años he venido compartiendo lecturas y, sobre todo, apasionantes discusiones sobre estos temas.

las metas y los métodos de los gambusinos del detalle y la exactitud”. Para él la microhistoria nació “del corazón y no de la cabeza como la macrohistoria”, por lo que el microhistoriador suele acercarse a su objeto de estudio más por simpatía o por antipatía que por el mero afán de saber. Desde esta perspectiva, la relación entre el sujeto y el objeto no es de separación absoluta y la comunicación de resultados es de circuito corto, aunque también puede circular en un ámbito más amplio (González, 1971, pp. 225-226). Con gente como él se abrió un vasto panorama temático y metodológico para los estudiosos de la historia en México. De paso se revalidó a la historia oral como una disciplina y una metodología válidas para el historiador profesional.

Un acontecimiento relevante y atractivo para ciertos estudiosos de aquellos años fue la Revolución mexicana. El revisionismo que Alan Knight analizó cuestionaba precisamente las investigaciones que concebían a la Revolución como un movimiento político y social monolítico y uniforme, particularmente la versión del “nacionalismo revolucionario” que era muy provechosa para el control del grupo en el poder. Precisamente los estudios regionales vinieron a criticar esa uniformidad y recuperar y valorar la diversidad de expresiones históricas que tuvo este movimiento en las regiones y localidades pequeñas, así como reconocer la diversidad cultural de México. De manera particular estos cuestionamientos se acentuaron con los científicos sociales de los años sesenta, puesto que se criticaba el autoritarismo del régimen, la centralización de la administración pública y las interpretaciones de la historia oficial (Knight, 1988).

La corriente historiográfica regional, la microhistoria y la historia oral se desarrollaron con fuerza en los años ochenta. Yo estudiaba mi maestría y la experiencia de la educación socialista en México la investigamos desde esta perspectiva en el Departamento de Investigación Educativa del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, bajo la coordinación de Mary Kay Vaughan y Susana Quintanilla; pero esta experiencia no era la excepción, pues nos dimos cuenta de que dentro y fuera del país habían surgido centros académicos para promover dicha corriente; se estaban introduciendo materias con esta orientación en programas de estudio de instituciones de educación superior, y se rescataban archivos estatales, municipales y parroquiales. En suma, en esos años se estaba contribuyendo a tener una visión de la historia de México más rica, más diversa, más policromática. Por esto mismo, desde entonces a la fecha ya no podemos ver más una visión cerrada de la “historia nacional” sin considerar la complejidad y diversidad del país. Quien tenga el deseo de hacer una historia nacional diferente

—dice el historiador Alan Knight— solo tiene cuatro opciones: la primera es evadir el intento de síntesis, considerándola imposible; la segunda es hacer comparaciones limitadas, lo cual puede no conducir a la síntesis; la tercera es generalizar un caso particular como si fuera representativo de todo el país; la cuarta es hacer lo contrario, es decir, negar lo típico de cualquier caso (Knight, 1988).

Con Yolanda Padilla recordé que, en los años noventa, Enrique Florescano señaló que la historia regional era uno de los campos historiográficos donde había ebullición, experimentación y continuidad (Florescano, 1992, p. 168). Así también Carlos Martínez Assad habló de una vasta producción de la historia regional que abordaba temas diversos y con calidad (Martínez, 1992). Por su parte, Gladis Lizama señaló que los estudios regionales (aún los de otras disciplinas como la antropología y la sociología) enriquecieron la historiografía, ayudaron a pensar y entender mejor los momentos de cambio social a nivel micro y macrosocial, facilitaron el estudio de problemas sociales y, lo que ya se dijo muchas veces, proporcionaron nuevas formas de interpretar lo nacional (Lizama, 1994).

Con la historia regional, la microhistoria y la historia oral comprendimos mejor la necesidad de no solo hacer historia política y menos historia de los grupos en el poder. La historia cultural, la social, la de las ideas, la de las clases subalternas, como ya se dijo, ocuparon un espacio en los intereses y preocupaciones no solo de los historiadores sino de otros científicos sociales. Como era de esperarse, también aparecieron investigadores que buscaban la interdisciplinariedad y el uso heterodoxo de métodos y técnicas de recopilación y análisis de datos. Se trataba de nuevas formas de construir conocimiento. Esto se reflejó en la historiografía de la educación en México, según se puede observar en el “estado del conocimiento” que realizó Susana Quintanilla cuando el Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE) se dio a la tarea de estudiar cómo y qué se hacía en este campo en los años ochenta (Quintanilla, 1995).

2. LA HISTORIA ORAL NOS APROXIMA

Con el tiempo me di cuenta de que el acercamiento a la memoria de los otros es en sí mismo una actitud y una habilidad que se va adquiriendo con la experiencia. Es además una primera aproximación a la construcción de un pasado cercano que lo puede hacer el académico como otra persona interesada en recuperar una historia familiar o comunitaria, desde luego, teniendo cierto rigor en el trabajo. La historia oral se puede hacer iniciando con propósitos básicos pero con intereses muy significativos para quienes la hacen y puede surgir por el interés de una persona

o un grupo de personas estrechamente vinculada a la vida de una comunidad. Se trata de un acercamiento que, como señala Luis González, nace del corazón, no siempre de la razón. No es casualidad que ya en los libros de texto de historia de primaria se hagan modestos ejercicios de historia oral.

Recuerdo mi colaboración en la hechura del libro de *Historia y geografía de Aguascalientes*, de tercer año de primaria, cuando la SEP cayó en la cuenta de que había que incorporar al currículo escolar contenidos regionales para que las y los niños conocieran el lugar donde vivían, su historia y algunas actividades que allí se hacían. Una de las primeras lecciones para conocer la historia consistía en que los niños comprendieran el concepto de tiempo a partir de su propia vida, que, aunque fuera muy corta, ya podían identificar un antes, un ahora y un después. Se leía en el libro lo siguiente: “Investiga algunos hechos de tu vida. Por ejemplo, cuándo naciste, cuándo empezaste a caminar, a hablar, a leer o escribir. Consigue algunas fotos y testimonios de tu pasado...”. Para comprender un pasado menos cercano, se les pedía a las y los niños que preguntaran a sus abuelos y a las personas mayores cómo era la ciudad o la comunidad rural donde habían vivido su infancia y juventud: “Tus abuelos y tus tíos te pueden contar relatos muy interesantes sobre cómo era el pasado y cómo cambiaron muchas de las cosas hasta llegar a nuestros días. Esas historias familiares son parte de la historia de la localidad, del municipio, de la entidad y de nuestra nación”, se concluía (González y Camacho, 1999, pp. 78-79).

Cuando trabajaba en este libro me encontré con referencias del historiador Henry Pluckrose para hablar de la enseñanza de la historia. Él citó atinadamente la frase de una niña de cuatro años, quien dijo: “¿Cómo era esto antes que yo?”. La pregunta me pareció realmente sorprendente en varios sentidos. A su edad, esta niña nos da ejemplo de que las personas desde temprana edad tienen la capacidad de formularse una de las grandes interrogantes sobre la relación existente entre el sujeto y su historia: “¿Cómo era esto antes que yo?”. Como se sabe, la naturaleza de esta pregunta ha sido analizada desde la perspectiva tanto de historiadores como de pedagogos a través de los años. Antes y ahora me sigo preguntando: ¿Por qué el hombre se interesa por el pasado?, ¿qué le interesa conocer de él?, y de manera particular: ¿Para qué enseñar historia a los niños y a los jóvenes? O, en última instancia: ¿Para qué la historia? Dicen que el gran historiador Marc Bloch escribió alguna vez que la historia no era solamente una ciencia en marcha sino también una ciencia que se halla en la infancia, como todas las que tienen por objetivo el espíritu humano.

Después de mi participación en la elaboración del libro de texto, como miembro del Consejo de la Crónica de Aguascalientes y entusiasmado con el rescate de la historia local, me di a la tarea de convocar a historiadores, periodistas, literatos y a toda persona dispuesta a escribir una historia sobre la ciudad de Aguascalientes desde una perspectiva muy personal. Para aquellos que no podían o sabían escribir un texto como se solicitaba pero que tenían mucho que compartir, se pidió que alguien los entrevistara y luego escribiera lo escuchado y grabado. Al final se tuvieron 80 textos que mostraron una rica gama de temas que se refieren a la historia lejana y reciente de la ciudad. Hay en este libro colectivo historias fascinantes y dignas de leer sobre el ferrocarril, la feria de San Marcos, la migración de los “defeños” después del terremoto de 1985, la vida nocturna en bares, una experiencia de vida en el seminario diocesano, las travesuras infantiles en una céntrica vecindad, los bailes clandestinos de jóvenes, el arribo de japoneses a la ciudad, etc. Algunas, por su relevancia o manera de abordarse, trascienden el localismo (Camacho, 2005).²

Pensando en la historia contemporánea de Aguascalientes y con un interés muy personal en la rebelión estudiantil de 1968 en México, me dediqué un tiempo a explorar la manera en que vivían los jóvenes de aquella época en provincia. Para conocer con mayor detalle ese pasado, la entrevista, como principal herramienta de la historia oral, me fue de gran utilidad. En este artículo quiero compartir este acercamiento, que trata de responder localmente a preguntas más generales. Si en los años sesenta el mundo presencié la movilización de jóvenes rebeldes que cuestionaron el *statu quo* e imaginaron mejores formas de vida, ¿qué pasó en un estado pequeño de la república con una tradición conservadora y de fuerte arraigo católico?, ¿cómo estudiantes de las instituciones de educación media y superior conocieron y simpatizaron o no con lo que estaba ocurriendo en otras partes de México y el mundo?

Aquí quiero mostrar a la historia oral como centro de mi investigación, la cual fue complementada con la revisión de literatura básica sobre la generación de jóvenes rebeldes de los años sesenta, así como de la consulta documental y de

² El valor del testimonio ha sido relevante para mí y por eso, unos años antes, siendo consejero ciudadano en la entidad, convocamos a consejeros locales y distritales, que habían salido de organizaciones civiles, para que hiciéramos valer nuestra voz y escribiéramos lo que habíamos vivido en las elecciones federales del 2000 y 2003. Eran tiempos de lucha por ciudadanizar los órganos electorales e impulsar la democracia en un país con un régimen autoritario (Camacho y Reyes, 2003).

archivos para recrear algunos rasgos de lo que era el estado de Aguascalientes en cuanto a su vida política y social, destacando su inserción en un país con un régimen autoritario, pero con ciertos logros en su economía que permitían el ascenso de sectores de la población a servicios importantes que antes no tenía, como el de la educación media y superior.

3. LA CONTRACULTURA Y LAS REBELIONES ESTUDIANTILES

Los años sesenta marcaron una etapa importante en la conformación de una nueva cultura en México, aunque lo ocurrido en este país fue solo una expresión de lo que estaba sucediendo en otros lugares. De esta década, el año 1968 se constituyó en un símbolo clave de la rebelión en contra del *statu quo* y a favor del cambio social. Con un tono llamativo, propio del periodismo, la revista española *El País* calificó al “68” como el año que hizo temblar al mundo; presentó imágenes y testimonios de aquellos días en los que se quiso “cambiar la historia” (*El País*, 1998). Este fenómeno ha sido objeto de numerosos estudios que han intentado precisar su naturaleza y su significado. Algunas interpretaciones “culturales” hablan de “choque generacional”, “revitalización romántico-humanista” y desajustes sociales, aunque también se habló del movimiento estudiantil como una “conjura comunista” y de una presunta manipulación de los jóvenes disidentes.

A raíz del 50° aniversario del movimiento se publicaron varios libros importantes de fácil localización.³ Sobre la historia oral destaco el de Emiliano Ruiz, quien narra esta historia “desde los ojos y los testimonios de los brigadistas que participaron en dicho movimiento (Ruiz, 2018). También señalo un libro de testimonios de Elena Poniatowska (1980), *La noche de Tlatelolco*,⁴ que no es una investigación pero sí un trabajo excepcional por las entrevistas realizadas.

La rebelión estudiantil no solo mantuvo una vertiente política sino también cultural. Carlos Monsiváis fue de los primeros que dio cuenta de este elemento fundamental en México. Para él, el movimiento se caracterizó por un disenso activo contra la tradición autoritaria del país, un cuestionamiento amplio de la institución familiar, una liberación del lenguaje, la difusión de ideas marxistas y el socialismo, una participación cada vez más activa de las mujeres y un rechazo al

³ Un “estado del arte” muy útil y valioso sobre el movimiento fue elaborado por Héctor Jiménez (2018).

⁴ El exlíder estudiantil Luis González de Alba señaló que muchos testimonios habían sido recopilados por él y entregados luego a Poniatowska (González, 2011).

valor ideológico clasemediero de decencia para dejar de reverenciar al poder, entre otras cosas (Monsiváis, 1981). Años más tarde Eric Zolov profundizó mediante una investigación minuciosa en las manifestaciones de contracultura y exploró el mundo del rock y el mercado, que involucró a nuevos actores sociales y transformó la dinámica de ciertos espacios culturales e intelectuales (Zolov, 1999).

Recientemente Mary Kay Vaughan, a través de una biografía extraordinaria en la que entrevistó al artista José Zúñiga, exploró la vertiente cultural de la generación rebelde de los años sesenta. Su propósito fue “explorar la memoria para entender su participación en los procesos históricos, y la manera en la que negoció los discursos contradictorios a los que se enfrentó en distintos espacios educativos”, entendiendo por estos no solo los escolares sino la familia, la Iglesia, los medios de información y otros. Como muchos de su generación, Pepe Zúñiga “se apropió de mensajes y bienes culturales que lo ayudaron a expresar su oposición a ciertos valores y conductas que él asociaba con sus padres y con un entorno social que le parecía convencional, represivo y coercitivo; siempre buscó la ‘libertad para ser él mismo’” (Vaughan, 2019, pp. 23-24).⁵

En nuestro país, no obstante los beneficios del “milagro mexicano”, se comenzó a cuestionar el autoritarismo del régimen de partido único. Se habló de que la Revolución se había extraviado y se venían tiempos difíciles. Jesús Silva Herzog, Daniel Cosío Villegas y Luis Cabrera, entre otros, analizaron el rumbo que habían seguidos los gobiernos y grupos sociales después de varias décadas de régimen posrevolucionario.⁶ Se llegó a los años sesenta con una inocultable crisis de legitimidad que se expresó en descontento social, activismo político y transformación cultural. El escritor y líder disidente José Revueltas escribió en la cárcel en 1969: vivimos “en un sistema político donde no hay posibilidad de expresarse, de reunirse, de discrepar”, en medio de un “habilidoso aparato de hipocresía social, de engaños, mitos y de toda clase de superchería que en el extranjero dan

⁵ También se puede citar, por lo menos, el trabajo de Ariel Rodríguez Kuri, el cual llama la atención para decirnos que los Juegos Olímpicos celebrados en México ese año de 1968 y el movimiento estudiantil no fueron “antitéticos” sino “complementarios” y “simbióticos” (Rodríguez, 2019).

⁶ Estos intelectuales, según Stanley Ross, fueron “sepultureros de la Revolución”, aunque sus trabajos no son de índole historiográfica, sino ensayos políticos mediante los cuales se denunció el uso que le daban a la Revolución como fuente nutriente del gobierno en turno y del Estado mexicano en general (Matute, 2005, pp. 39-40).

la impresión de que en México existe una cierta democracia de tipo muy propio” (Revueltas, 2018, pp. 221).

El movimiento estudiantil de 1968 fue la expresión máxima de la rebeldía juvenil en México y fue analizado primeramente como un acontecimiento político y social con rasgos radicales, para luego enfatizar las expresiones culturales que daban cabida a distintas inquietudes en el terreno de las ideologías, de las artes y de las formas de comportamiento. No se trataba de un movimiento estrictamente original, aunque tenía sus manifestaciones propias. En el ambiente social y político del México de esos años circularon ideas de izquierda, influidas por los movimientos de liberación en América Latina y el triunfo de la Revolución Cubana. Al mismo tiempo, a veces en contraposición, entre algunos jóvenes mexicanos se desarrollaron manifestaciones culturales liberales y anarquistas venidas de Estados Unidos y Europa.

La manera como se originaron, evolucionaron y expresaron estas manifestaciones en los distintos estados de la república mexicana ha sido poco analizada.⁷ En Aguascalientes en particular hubo expresiones de contracultura y de rebeldía política y social que contradice la idea de que en este estado conservador el “68” no tuvo ni tiene mayor importancia. Ciertamente, no existieron acontecimientos que nos hablen de una sociedad en confrontación y con amplios sectores juveniles trastocando los valores tradicionales de la generación de sus padres, pero sí de grupos que expresaron su descontento a la situación política del país o que simplemente sin hacer política exploraron nuevas formas de pensar y de vivir, influenciados por la contracultura que se experimentaba en otras partes del país y el mundo.

Varias preguntas me hice cuando comencé a estudiar a los jóvenes de mi estado: ¿Qué pasó en Aguascalientes cuando en la Ciudad de México los estudiantes se organizaban y marchaban en contra de la represión policiaca y a favor de la autonomía universitaria en 1968? ¿Qué expresiones de contracultura y activismo político vivieron estudiantes del Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología (IACTI), antecedente de la Universidad Autónoma de Aguascalientes; del entonces recién creado Instituto Tecnológico Regional de Aguascalientes (ITRA), y de la Escuela Normal Rural “Justo Sierra Méndez”, de Cañada Honda? ¿Cuál fue la reacción del gobierno del Estado, la jerarquía eclesiástica, los medios de comunicación y sectores importantes de la sociedad?

⁷ David Piñera Ramírez, profesor de la Universidad Autónoma de Baja California, hizo una convocatoria para hacer este trabajo, pero no ha tenido la respuesta deseada.

A través de la consulta de archivos, periódicos y, de manera especial, de la historia oral, supe que muchos estudiantes además de demandar apertura política expresaron una cultura distinta y nuevas maneras de relación social. Al comenzar el año de 1968 en Aguascalientes la vida en sociedad parecía ser la misma que en otros años, pues había una tranquilidad solo perturbada un poco por estudiantes normalistas de todo el país que se habían reunido en la Escuela Normal Rural para realizar el XXXII Congreso de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), una organización que había surgido en 1935, en pleno auge de la educación socialista. Entonces esta agrupación estudiantil era aliada del gobierno, pero en los años sesenta ya manifestaba distanciamiento y un sentido crítico que luego se radicalizó.

En esta reunión se tomaron acuerdos basados en el pliego petitorio que se había presentado a la SEP, el cual consistía, entre otros puntos, en demandar mejoras que elevaran las “condiciones de vida y de estudio de los estudiantes normalistas del país”. Los estudiantes sostuvieron la tradición combativa de sus escuelas e hicieron referencia a los problemas y a los movimientos populares. Al final expresaron sus consignas: “Por la liberación de las juventudes y clases explotadas”, “Por la superación y ampliación del sistema normal rural”, “Por la liberación de los presos políticos estudiantiles”. El grupo de normalistas tenía tal fuerza que podía acercarse directamente con el titular de la SEP y el Secretario de Gobernación (AGN, 1968a).

En 1964 esta institución ya había sido sede de varias reuniones de representantes estudiantiles de las normales rurales del país, cuya finalidad era propiciar la unificación de su organización y continuar con la lucha de reivindicaciones escolares y sociales. La prensa local dijo que esta reunión era opositora al gobierno y acusó de comunistas a los estudiantes. Ciertamente, algunos de ellos sí expresaron sus simpatías con el grupo magisterial disidente que encabezaba Othón Salazar, con los ferrocarrileros de izquierda que lideraba Demetrio Vallejo y con los grupos políticos opositores a la candidatura a la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz, pero los medios exageraban. La idea de que estas escuelas eran bastiones de comunistas fortaleció la tendencia de cerrar algunas de ellas, por lo que los estudiantes no cesaron en su empeño de favorecer la unificación de su organización, pues muchos no dudaban de que al llegar a la presidencia de la república Díaz Ordaz “hiciera pedazos a las Normales Rurales”, según lo decía el maestro José Santos Valdés (Ortiz y Camacho, 2017, pp. 258-259).

Ya en 1968 la agitación se fue incrementando a partir de julio, por lo que el gobernador de Aguascalientes, el profesor Olivares Santana, tuvo que hacer una exhortación para que hubiera calma en el estado. El 11 de agosto, por ejemplo, el gobernador fue homenajeado por la asociación de vitivinicultores en el Club Campestre y en su intervención hizo un llamado a la cordura y a la unidad para evitar que alcanzaran al Estado los disturbios estudiantiles de la capital de la república. También señaló que había un interés porque Aguascalientes fuera una entidad ejemplar en el trabajo y la producción, y reconoció que estaban llegando a la entidad los efectos de los actos violentos que se habían desatado en todo el mundo y que estaban afectando también a la ciudad capital. Por ello exhortó a que los aguascalentenses estuvieran siempre unidos para no estar envueltos en esta problemática (AGN, 1968b). Sin embargo, este deseo no detuvo la inconformidad de algunos estudiantes en torno a lo que sucedía en el Distrito Federal.

Un día después de estas declaraciones amanecieron fijados en postes de la luz volantes relacionados con el movimiento estudiantil. Uno de ellos decía:

MÉDICO: ¿RECUERDAS MAYO DE 1965? Recuerda que tú también fuiste amordazado y que fuiste golpeado en tus propios hospitales, por tanto, este no es tan solo un movimiento estudiantil, sino que también es tu movimiento. Únete a las manifestaciones estudiantiles y populares de protesta. COMITÉ ORGANIZADOR.

El texto de otro volante era un llamado a los ferrocarrileros para que se sumaran al movimiento:

COMPAÑERO FERROCARRILERO: ¿Recuerdas marzo de 1959? ¿Recuerdas que fuiste encarcelado y golpeado? [...] Recuerda a tu compañero Vallejo que tiene 19 días en huelga de hambre [...] ÚNETE A LAS MANIFESTACIONES ESTUDIANTILES Y POPULARES DE PROTESTA [AGN, 1968c].

Estos mensajes fueron recogidos por agentes del gobierno federal que radicaban en el estado con el propósito de informar a sus superiores en la Ciudad de México lo que sucedía en Aguascalientes. Por muchos años esta información estuvo vetada al público y solo se abrió décadas después ante las exigencias de aquellos estudiantes y de familiares de jóvenes desaparecidos entonces. De esta información ubicada ya en el Archivo General de la Nación también se puede saber lo siguiente:

En el IACT algunos estudiantes tuvieron intereses políticos y se comunicaban con sus pares de la Escuela Normal Rural “Justo Sierra Méndez” y del ITRA. Del IACT surgió un líder que coordinó la creación del Círculo de Estudiantes

Aguascalentenses (CEA), el cual pronto expresó su solidaridad con los jóvenes de la Ciudad de México. En una carta pública dirigida al presidente de la República protestó por la violación a la autonomía de la UNAM y solicitó que se respetara la Constitución Política de los mexicanos. La carta decía textualmente: “El Círculo de Estudiantes Aguascalentenses protesta enérgicamente por el brutal atropello de que ha sido víctima la UNAM al ser ocupada arbitrariamente por el ejército. De este modo se ha violado no solo la Autonomía, sino también la Constitución y los derechos humanos”. El documento también señalaba que la protesta pacífica se había respondido con la fuerza, evidenciando que en México no existía libertad de expresión y sí soberbia gubernamental en contra del pueblo (AGN, 1968d).

A raíz de estos incidentes en la Ciudad de México, diversas organizaciones económicas y sociales del estado, clubes de servicio, cámaras industrial y de comercio se dirigieron al presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz, para solidarizarse con las medidas tomadas por su gobierno. Según ellos, esta intransigencia de la autoridad recuperaría normalidad en la UNAM y protegería a otras instituciones. Como si fuera un solo poder, el gobierno del Estado elaboró un boletín de prensa del PRI y sus tres sectores para señalar que la medida del presidente era la correcta, toda vez que permitía que los “auténticos estudiantes” regresaran a sus actividades. Mientras esto ocurría, en los círculos estudiantiles de Aguascalientes crecía la unión para llevar a cabo paros escalonados tendientes a realizar una huelga general. Ese mismo día amanecieron algunos edificios con pintas negras que decían “Viva la autonomía universitaria” (AGN, 1968e).

La prensa local se sumó a la crítica en contra del movimiento estudiantil. *El Sol del Centro*, por ejemplo, se pronunció a favor de los “centros de cultura” y no por lo que dio en llamar “refugio de delincuentes”. También informó que los ferrocarrileros, los estudiantes y la población en general repudiaban a “los alborotadores”; todos ellos, según lo cuenta el periódico, ya habían enviado una carta de apoyo al presidente Díaz Ordaz. Por ningún motivo, decía reiteradamente *El Sol del Centro*, se impediría “la normal celebración de los Juegos Olímpicos” y hacía suyos los planteamientos del gobierno federal: “Terminante advertencia a los huelguistas; el gobierno usará todos los medios legales”. Para la prensa local, la violencia la cometían los vándalos, los delincuentes y, por consiguiente, el uso de la fuerza militar era justificable, necesario, porque de lo contrario se permitiría que siguieran desarrollándose “enésimas manifestaciones” y se caería en disturbios semejantes a los que ocurrían en otros países, donde se ponían “trapos rojos” como banderas

y se cantaba “La Internacional”, tal como sucedía en el Barrio Latino de París, o donde se provocaban choques con la policía, como en Montevideo, Uruguay.

El conflicto tuvo su culmen en la matanza del 2 de octubre de 1968, como se sabe, y fue justificado por el gobernador del Estado, la élite empresarial y algunos medios de comunicación. El día 3, *El Heraldo de Aguascalientes* informó a ocho columnas: “Noche trágica en el D.F.” y agregó: “Terrible balacera entre soldados y estudiantes”, “20 muertos y 80 heridos: furiosa lucha en Tlatelolco”, “Francotiradores en el edificio Chihuahua. Muchos detenidos” (*El Heraldo*, 1968a). *El Sol del Centro* manejó la noticia en páginas secundarias. En lugar de informar sobre el conflicto, en las ocho columnas se leía: “Abre la Iglesia su pensamiento hacia los no creyentes”. Debajo hay una foto de un tren con una frase que dice: “Cooperación rielera a las Olimpiadas” (*El Sol del Centro*, 1968a).

La prensa manejó la idea de que los francotiradores eran los estudiantes. *El Sol del Centro* escribió: “Manos extrañas insisten en desprestigiar a México. Objetivo: frustrar las Olimpiadas”, “Abrió caminos de diálogo: solo cerrazón del Consejo de Huelga”, “Francotiradores abrieron fuego sobre el ejército en Tlatelolco”. Ese día 3 de octubre el gobernador Enrique Olivares, “por razones de fuerza mayor”, canceló una reunión con empresarios, pero al siguiente día habló de lo ocurrido en la Ciudad de México, justificando la intervención del ejército. Dijo que la crisis por la que atravesaba el país era parte de una crisis mundial y que el ejército había “cumplido con su misión y responsabilidad histórica para hacer que se respetaran las instituciones y las leyes”. Los hombres de empresa de Aguascalientes, según el diario, coincidían plenamente con los razonamientos del gobernador del Estado y “aseguraron que tienen fe en el presidente de la República, quien en reiteradas ocasiones ha manifestado su deseo y esfuerzo para llevar el progreso al país, dentro de la tranquilidad y paz de la República”. Ante lo sucedido, el gobernador pidió “serenidad en esta hora y fe en México” (ver *El Heraldo*, 1968b, y *El Sol del Centro*, 1968b).

Esta información fue rechazada por los estudiantes que venían manifestando su solidaridad con el movimiento estudiantil. Para otros que no tenían conocimiento ni interés en la política tampoco fue totalmente creíble lo que decían los medios. Había mucha confusión y las noticias se centraban en los preparativos de los Juegos Olímpicos. Según un estudiante de aquellos años, lo que se escuchaba

...eran cápsulas difíciles de entender y la televisión estaba preparada para las olimpiadas; la información era apenas lo que quería decir Jacobo Zabludovsky

(conductor del monopolio televisivo aliado al gobierno). En el IACT, de plano se pospuso el inicio de clases para evitar comunicación entre los jóvenes e inhibir la posible expansión del conflicto estudiantil a otras entidades [Rodríguez, 2002].

Los estudiantes que más conocimiento tenían del movimiento estudiantil y que simpatizaron con su causa se organizaron para hacer una manifestación de protesta el día 3 de octubre, de manera que aproximadamente 250 estudiantes del IACT, secundarias, escuelas técnicas y las normales rurales de Cañada Honda y San Marcos, Zacatecas, realizaron un recorrido por las principales calles de la ciudad y un mitin en la exedra, apoyando el movimiento en el Distrito Federal. Los estudiantes llevaban un listón en el brazo derecho en señal de luto por los compañeros caídos; además cantaron, y entre sus consignas se escuchaba una que decía: “¡Libros sí, bayonetas no!”. En algunas pancartas se leía: “Pueblo, despierta, es tu lucha”, “Clamamos justicia para nuestros hermanos”, “Nosotros no hemos perdido el miedo al gobierno, le hemos perdido el respeto”, “Es preferible morir de pie que morir de rodillas”, “No más violaciones a la Constitución”, “Unidos venceremos”, “Prensa vendida”, “Libertad a presos políticos”, “Asquerosos asesinos”. Por su parte, elementos militares estuvieron a distancia para evitar que el mitin degenerara en la violencia. Al llegar a la plaza de armas, representantes de las distintas escuelas tomaron la palabra: protestaron por la matanza, exigieron justicia y libertad, reclamaron respeto a la Constitución, exigieron veracidad en los medios de comunicación y exhortaron al “pueblo de Aguascalientes” para que apoyara a los estudiantes. El mitin finalizó cantando el Himno Nacional (AGN, 1968f; *El Sol del Centro*, 1968c). Los estudiantes volvieron a marchar días después, en noviembre hubo huelga en las normales rurales exigiendo atención a sus demandas, pero, como ocurrió en otros lugares, las protestas fueron disminuyendo con el paso del tiempo.

En el IACT también hubo protestas por asuntos internos de la escuela. El Círculo de Estudiantes dirigido por José Luis Chávez Luévano acordó organizar una huelga en contra del rector Carlos Ortiz González, a quien acusaron de “déspota y tirano” (AGN, 1968g). Hubo cambio de autoridad, pero el nuevo rector, el médico militar Álvaro de León Botello, al parecer tampoco era una persona comprensiva de las inquietudes de los estudiantes. Por el contrario, desde un principio su postura fue tajante y amenazadora, creía que los estudiantes solo eran piezas manipuladas por un pequeño grupo de profesores. Años después, en una entrevista, se refirió a su periodo en los siguientes términos:

En primer año me encontré con un tipo que era un agitador profesional que fue a alborotar a los muchachos del bachillerato para que me crearan una huelga semejante a la de la Ciudad de México y lanzaron estudiantes contra la Escuela y el gobierno del Estado; algunos maestros estaban actuando como consejeros de los muchachos.⁸

La respuesta del rector fue de rigidez y, haciendo gala de su antecedente militar, dijo:

Como militar que era, yo no iba a permitir un motín a bordo, por ningún motivo. Me di cuenta quiénes eran y los maestros que también andaban actuando, creo que porque tal vez no estaban de acuerdo con mi disciplina férrea, que tal vez traté de que todos caminaran como maquinitas engrasadas y todos a estudiar y nada de agitación... Mandé llamar a los seis maestros que andaban aconsejando a los agitadores y les dije: “Yo me eduqué para matar soldados y no voy a dejar que ustedes vengan a alborotar a los muchachos”.⁹

Esta postura defensiva se enfrentó a la de estudiantes que asumían una cultura abierta y de enfrentamiento sin violencia.

4. LAS VOCES DE UNA REBELDÍA CULTURAL

Lo ocurrido en la Ciudad de México era de incertidumbre para muchos en Aguascalientes y en todo el país. Según la apreciación de un exestudiante del IACT, el ambiente que se vivía era de dudas y desinformación, puesto que “se encargaron de que la prensa no dijera las cosas como fueron, y menos en provincia donde todo llegaba de rebote”. Para esta persona, en aquel año de 1968 “se sintió un cambio, un ambiente en el que la gente esperaba algo, porque no se sabía qué pasaba, como una llamada de atención, una advertencia: ¡Aguas, puede llegar aquí!”. Hubo inquietud y por sus amigos se “enteraba de cosas”:

No hubo nada alarmante, fuerte, si acaso una tarde cuando regresaba del trabajo a la casa, por la calle Colón, un muchacho salió de una esquina corriendo con una pancarta en la que nunca pude leer lo que decía, y pasó gritando: “¡Que viva el movimiento estudiantil!”; el caso es que la calle estaba sola, nada más yo circulaba por ahí, y así se fue, se perdió al fondo de la calle. Eso me sorprendió o me asus-

⁸ Entrevista realizada por Norma Odgers, en De León, 2002, p. 238.

⁹ Ídem.

tó, me figuré que en cualquier momento aparecerían las patrullas y me llevarían también, pero no, nada pasó... Por entonces yo leía los periódicos y casi no salían notas del movimiento, aquí siempre ha estado más manipulada la información, entonces no había forma de enterarse bien de lo sucedido [Muñoz, 2002].

Esta desinformación, sin embargo, no fue obstáculo para que algunos pequeños grupos de jóvenes con mayor conocimiento de los problemas asumieran una postura política más radical en contra del gobierno. Otros fueron rebeldes a su modo, sin vincularse abiertamente a la política ni enfrentarse a las autoridades gubernamentales; ellos más bien exploraron en las artes y la cultura. Escuchaban música que no solían oír en su casa ni en la radio, también comenzaron a leer libros que traían información e ideas nuevas y a vestirse como lo estaban haciendo jóvenes de Estados Unidos y de Europa occidental: usaron ropas holgadas y coloridas, las mujeres usaron minifalda y pantalones acampanados, como los hombres, quienes se dejaron crecer el pelo, como las mujeres. En su comportamiento y discurso había una gran decepción por lo que hacían y pensaban las personas de la generación de sus padres y abuelos, metidos en instituciones políticas y sociales rígidas y obsoletas que no respondían ya a los intereses, gustos y necesidades de las nuevas generaciones.

El rock fue no solo una música alternativa sino también una expresión de estos jóvenes para distinguirse de los adultos, incluso de otros jóvenes. Algunos combinaban la música con una ideología de izquierda, tal como fue el caso de David García, quien en una entrevista nos dijo: “En el ambiente estudiantil que yo me movía tenía que ver más con cierta ideología, lo de siempre, el personaje idealizado ahí era el Che Guevara, se hablaba de Marx, de Nietzsche, de Castro Ruz, y de la Revolución Cubana, ¡ni se diga!”. Para él era posible hacer convivir la simpatía por el guerrillero argentino en Cuba con el gusto por el rock: “Éramos pocos los que coincidíamos en lo que se decía de un Che Guevara y escuchábamos rock; parecería una contradicción, pero lo que creo es que ambos gustos mostraban, por su lado, que existía inconformidad” (García, 2002).

El caso de David García es muy especial porque le gustaba conocer y buscaba revistas que no solían circular donde vivía. En ellas se enteraba de las distintas expresiones de la contracultura, sabía tanto del uso de drogas como de la represión que se vivía en las instituciones gubernamentales y en la familia: “Yo ya estaba definido en mi gusto por el rock, con la lectura de las revistas (...), abordando temas como las drogas, la brecha generacional y viendo los problemas de represión, pues

solito yo me ponía el saco” (García, 2002). Algunos pusieron también atención en nuevas alternativas filosóficas y religiosas, hubo jóvenes que exploraron la filosofía hindú, la meditación, el yoga y el vegetarianismo. Lo importante era ser diferente, “sentirse aliviado” y “no ser fresa, ni cuadrado”, aunque esto significó vivir en una tensión permanente entre mantener el orden existente y poner énfasis en la propia voluntad juvenil.

No cualquiera contaba con las posibilidades de tener acceso a revistas y discos, acceder a nuevas manifestaciones culturales era más fácil en estudiantes de clase media con inquietudes por abrir puertas y experimentar otros mundos. Volviendo a la música, lo que los medios locales ofrecían era realmente muy limitado. Lo que entonces existía, dice Jesús Martínez Jiménez, eran estaciones muy pobres en cuanto a música alternativa se refería: “Era poca la oferta y lo que se presentaba de rock apenas alcanzaba para Enrique Guzmán y otros por el estilo, la programación no salía de ahí” (Martínez, 2002). Por eso él tuvo que buscar fuera; así me lo contó en alguna ocasión:

El Canal 58 daba otra gama de posibilidades, no solo el “rock en español”, versiones deleznales de los temas básicos que se hacían en Estados Unidos, a partir de ahí surge el gusto y a partir de 1966 o 67, cuando ya se dejaba sentir lo que se denominó como Ola Inglesa, fue la mejor oportunidad para escuchar rock de peso, era Beatles y todo lo que viniera atrás de ellos; ese fue el principal punto de referencia, de información [Martínez, 2002].

Pero, ¿qué era lo que escuchaban estos jóvenes? Según nos cuenta David García, después de tener su primer disco de The Beatles fue descubriendo que el panorama era muy amplio, “y al poco tiempo ya fue otra cosa. Ya fue Pink Floyd, eran grupos atractivos a pesar de no ser conocidos aquí. Y a ellos se agrega Led Zeppelin, y esos fueron los tres primeros grupos que yo considero exponentes del rock ‘de a de veras’, y así pasó el tiempo en ese disfrute” (García, 2002). Así, el rock se convirtió en una expresión identitaria de un grupo de jóvenes dispuestos a defender sus preferencias culturales, las cuales estaban asociadas a demandas de carácter social reivindicatorio.

Luchar en contra del autoritarismo y a favor de la libertad individual fue el denominador común de aquellos jóvenes. Un exestudiante del IACT recuerda: “La mayor parte de nuestras inquietudes, por la misma edad, era oponerse al autoritarismo de los papás, de los maestros; renegar sistemáticamente de una falta de libertad para ser nosotros mismos” (Galicia, 2002). Al igual que algunos de sus

compañeros de escuela y semejante a muchos jóvenes en otras latitudes del mundo, la vestimenta fue símbolo de sus ideales, una forma particular de expresar su deseo de libertad; en este caso no desde una postura ideológica de izquierda, sino desde el movimiento hippie, que predominaba en Estados Unidos:¹⁰

Era una lucha muy importante dentro de nosotros, se trataba de andar como se nos diera la gana. Usábamos el pelo largo y pasábamos por la calle y nos criticaba todo el mundo; algunos usábamos barba, pantalones de mezclilla rotos, en fin, hippiosos, el hippismo tuvo mucha influencia en nuestra generación [Galicia, 2002].

“La Onda” y libertad individual eran rasgos sobresalientes que se expresaban, para algunos, en la música, como fue el caso de Juan Manuel Muñoz, quien, según él, la música era su droga: “Por las tardes era el hippie que andaba de mezclilla y huaraches, y no me importaba la seriedad, simplemente quería escuchar música, divertirme, pasarla bien, platicar y convivir, practicar yoga y todo lo que me gustaba hacer” (Muñoz, 2002). La música se asoció a estas nuevas maneras de presentarse y representarse en sociedad. Una de las fuentes de inspiración para decidir sobre el uso del pelo largo fueron precisamente las revistas musicales especializadas en el rock. El caso de Sergio Rodríguez fue una mezcla entre circunstancias relacionadas a rituales sociales y ciertas imágenes de los miembros de los grupos de rock que estaban impresas en las publicaciones. Para este joven su experiencia fue la siguiente:

Me dejó crecer el pelo desde la prepa, desde 1968, en la clásica prepa de Petróleos. Era la época en que si había hombres, se hacían las novatadas, y uno de nuevo ingreso tenía que “aguantar vara” con los demás grados. El caso es que me cortaron el pelo, a rapa, y a partir de ahí, con la imagen de los rockeros ingleses en la mano comenzó a crecer mi pelo. Entonces, decidí dejarme el pelo largo [...] Antes, en la secundaria, estuve en una escuela de sacerdotes, no hubiera sido posible de habérmelo propuesto [Rodríguez, 2002].

¹⁰ La generación nacida después de la Segunda Guerra Mundial creó una época convulsa en ciudades como Londres, San Francisco, Los Ángeles, Nueva York, París y en muchas otras ciudades pequeñas, con sus manifestaciones e ideas que tuvieron una incidencia en la política, la moral, la filosofía y las costumbres de la época y en las de las generaciones posteriores. Deseaban transformar la realidad y crear una sociedad nueva inspirada en sus valores. El pacifismo, la revolución sexual, la experimentación con sustancias psicotrópicas, los estudios antropológicos y psiquiátricos, el interés por la filosofía, la mística y la sabiduría milenaria del lejano oriente y de las culturas autóctonas, fueron señas de identidad del movimiento hippie, todo ello complementado con nuevas manifestaciones artísticas (Milles, 2006).

Lo mismo nos comentó David García, quien reconoció que la fuente de inspiración para tener su pelo largo fueron las fotografías expuestas en revistas sobre rock: “Veía las fotos de los integrantes de los grupos y el pelo largo era lo que destacaba, era lo primero que uno quería imitar” (García, 2002). No era solo un tema estético, de gusto, sino también una expresión de esta generación que en muchas ciudades del mundo estaban dislocando estructuras culturales y sociales. Para David García haberse dejado el pelo largo “era la manera como yo me daba a notar (...) andaba a la moda, y esa era la manera como yo manifestaba mis inconformidades juveniles, creo yo, sin ofender a la gente, la que se sentía inquieta, quizá alarmada por verlo a uno con esas fachas”. David García afirmó que el pelo largo fue un elemento de identidad contracultural:

Recuerdo que el editor de la revista *Piedras Rodantes* decía: “aquí todos usamos el pelo largo, excepto los calvos”, esa era una cosa que para mí contaba bastante, el pelo largo pasaba de ser una moda a una forma de identificación juvenil, se usaba la greña larga por algo más que parecerse a alguien, y ese algo más era la música de rock [García, 2002].

Aunado a la música, la vestimenta llamativa y el pelo largo, como ya se dijo, la búsqueda de experiencias filosóficas y psicológicas también eran importantes. Por ejemplo, algunos decidieron fumar marihuana y acercarse a los rituales y creencias indígenas, era la época de la curandera y chamana María Sabina. De aquellos años el mismo David García nos comenta:

Tenía un compañero que fue de los primeros que empezó a experimentar con marihuana, con pastillas y cosas de esas. Él llegaba a la prepa con su disco de *Indaga la vida*, no llegaba nunca con un libro, siempre con discos. Era un tipo muy especial, estaba influido por su hermano mayor que andaba muy metido en esas ondas en Oaxaca, con María Sabina. Él nos abrió espacios de los que nosotros no teníamos conocimiento; le gustaba quedarse en la noche después de la clase a platicar de todo, a ver las estrellas y agarraba sus ondas acá bien “loconas”. Fue de los primeros en vestir “hippioso” y de los que tuvo miedo para vestirse así porque había varios maestros que lo reprimían bastante, lo hacían sufrir [García, 2002].

Ciertamente, estos jóvenes vivieron la incompreensión de los adultos y también de muchos de sus compañeros. El entorno local, nacional e internacional era de tensión, la cual desembocó muchas veces en conflicto y prohibición de todo aquello que fuera en contra del orden social establecido. En el terreno político

y policiaco estas expresiones llegaron a provocar violencia, que no pudo ser canalizada como algunos quisieron. En México surgieron grupos guerrilleros, pero esto ya es otra historia.

5. NOTA FINAL

En este artículo he querido mostrar experiencias y acercamientos con la historia oral a través de algunas de mis investigaciones, considerando referencias básicas de la historia regional, porque fue allí donde surgió mi formación y sustentan mi incursión en pretender dar la voz a quienes tienen mucho que decir y no suelen ser escuchados. En mi caso, he referido entrevistas que he realizado a profesores, campesinos, líderes obreros, estudiantes, artistas y especialmente jóvenes rebeldes de los años sesenta. Los acercamientos han sido diferentes, dependiendo de mi objeto de estudio, pero los hace común el rescate de experiencias y opiniones personales que ofrecen nuevos conocimientos en mis investigaciones.

No es exagerado decir que la historia oral me ha permitido, como dicen algunos, “humanizar la historia”, en el sentido de que no solo se basa en la reconstrucción de hechos, sino que permite mostrar apreciaciones subjetivas y experiencias intensas y muy sentidas de los actores (y actrices) que construyen la historia local y global. En mi caso, he sabido de experiencias límite con maestros rurales que vivieron una época de mucho peligro, lo cual hace que sus testimonios y opiniones reflejen intensidad y que, no obstante los años que transcurrieron entre lo vivido y lo narrado, siguen calando hondo en ellos. No importa si tuvieron o no razón, no importa si estuvieron en el bando adecuado, lo que sí importa es su vivencia extraordinaria como personas, como seres humanos que tuvieron que salir adelante haciendo uso de sus propias capacidades y convicciones. Para quienes pretendemos tener nuevos conocimientos, este tipo de acercamientos a las personas es de gran valor investigativo y humano.

La historia oral también tiene una gran utilidad en la historia contemporánea y en la “historia del presente” (HTP), un término que fue acuñado en los años sesenta del siglo XX por un grupo de historiadores franceses para diferenciarlo de la historia contemporánea y contradecir la idea de que “desde 1830 no hay historia, hay política”. La historia oral, además, tiene una conexión muy cercana con la historia cultural y social, con las biografías y con la historia de las emociones. Los testimonios de los jóvenes aquí presentados, por ejemplo, son una muestra de que es posible profundizar en lo que ellos vivieron, disfrutando y padeciendo su rebeldía. Fueron bien recibidos en ciertos grupos de personas que pensaban como

ellos, pero también fueron abiertamente rechazados no solo por las autoridades escolares y de gobierno sino también por sus propios padres.

Desde esta perspectiva, la historia oral permite profundizar y encontrar aquello que los documentos en archivos no ofrecen. La oralidad y el acercamiento con las personas nos dan la oportunidad de escuchar a un individuo o a un colectivo para comprender sus vivencias y formas de entender y dar significado a su propia vida y, con ello, acercarnos a comprender la nuestra y el presente en que vivimos. En mi caso, he procurado enriquecer mis investigaciones combinando distintos acercamientos, pero no soy del todo consciente al usar categorías e intentar la interdisciplinariedad; las preguntas y la búsqueda misma me van diciendo qué y cómo trabajar.

Aprovechar la historia oral tiene otra ventaja, que es la de socializar y compartir el trabajo de investigación, en el sentido de que es posible acercar la construcción de conocimiento a personas que no necesariamente tienen una formación profesional. La construcción de historias locales puede hacerse con investigación participativa y con las herramientas de la historia oral. Un grupo de personas, de jóvenes estudiantes o adultos interesados en conocer sus raíces, puede entrevistar a quienes fueron y siguen siendo clave en la vida de una comunidad. Desde luego, se recomienda la asesoría de profesionales con experiencia para llevar este proyecto colectivo a buen puerto.

En Argentina, por mencionar un caso que ahora recuerdo, hay experiencias importantes de profesores que trabajaron con sus estudiantes de nivel medio con la historia oral para llegar a conocer una historia viva de la que ellos formaban parte, que los involucraba directamente y que los comprometía en un futuro que, de un modo u otro, estaba en sus manos transformar. Y esto es posible que también lo encontremos en México y otras partes. En mi paso por Chicago como estudiante de posgrado supe también del interés de jóvenes mexicanos de hacer la historia de su barrio, Pilsen, entrevistando a personas de las generaciones de sus papás y abuelos. En este sentido, tanto los argentinos como los mexicoamericanos coincidieron con Sitton, Mehaffy y Davis cuando, en su libro *Historia oral*, afirmaron que la historia oral sirve para salvar la brecha entre lo académico y la comunidad, toda vez que trae la historia al hogar y relaciona el mundo del aula de clase y el libro de texto con el mundo social directo y diario de la comunidad en que viven los estudiantes (Sitton, Mehaffy y Davis, 1989).

Para finalizar, espero y deseo que este artículo contribuya a cumplir con el objetivo de favorecer la reflexión, discusión, análisis y difusión de trabajos en el

campo de la historia oral para aproximarnos a fenómenos históricos y educativos. Quise con él señalar que por muchos años este tipo de historia me ha permitido construir conocimiento, pero además me ha concedido la oportunidad de que mi trabajo tenga una dimensión humana apasionante e intensamente viva, no por su cercanía al presente, sino porque, como lo decía el historiador y crítico literario británico Thomas Carlyle hace más de cien años, la historia es un don y todos somos históricos, y porque, como tales, revela que la historia abre puertas para encontrar sentido a lo que hacemos y ofrece rutas para construir lo que, como individuos y comunidad, queremos.

Fuentes

Bibliografía

- Agustín, J. (1996). *La contracultura en México*. México: Grijalbo.
- Biagini, H. (2012). *La contracultura juvenil. De la emancipación a los indignados*. Argentina: Capital Intelectual.
- Camacho, S. (1992). *Controversia educativa entre la ideología y la fe*. México: Conaculta.
- (coord.) (2005). *La vuelta a la ciudad de Aguascalientes en 80 textos*. México: ICA/UAA/Conaculta/Consejo de la Crónica/UAA-ICA-CONCYTEA.
- (2009). *Antenas vivas. Conversaciones con artistas de Aguascalientes*. México: UAA-CONCYTEA-ICA.
- (2010). *Bugambilias. 100 años de arte y cultura en Aguascalientes*. México: UAA.
- Camacho, S., y Reyes, A. (coords.) (2003). *En la trinchera de las elecciones*. México: IFE.
- Carrier, H. (1994). *Diccionario de la cultura para el análisis cultural y la inculturación*. España: Verbo Divino.
- De León, H. (2002). *60 años de autonomía*. México: UAA.
- El País* (1998, oct.). (127). España.
- Florescano, E. (1992). *El nuevo pasado mexicano*. México: Cal y Arena.
- González, L. (1971). Microhistoria para Multiméxico. *Historia Mexicana*, 21(2[82]), 225-241, México: El Colegio de México.
- González, L. (2011, 28 mar.). En descarga de Elena. *Milenio Diario*. México.
- González, S., y Camacho, S. (1999). *Historia y geografía de Aguascalientes. Libro de texto gratuito de tercer año de primaria*. México: SEP.
- Jiménez, H. (2018). *El 68 y sus rutas de interpretación: una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*. México: FCE.
- Knight, A. (1988). *Interpreting the Mexican Revolution*. Paper 88-02. E.U.A.: University of Texas at Austin.
- Lizama, G. (1994). Región e historia en el Centro Occidente de México. *Relaciones*, (60), pp. 13-39.
- Martínez Assad, C. (1992). Historia regional. Un aporte a la nueva historiografía. En H. Gutiérrez Crespo *et al.*, *El historiador frente a la historia*, México: UNAM.

- Maute, A. (2005). Los orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana. *Históricas Digital*, pp. 39-54.
- Meyer, E., y Olivera, A. (1971). La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas. *Historia Mexicana*, 21(2[82]), pp. 372-387.
- Milles, B. (2006). *Hippie*. E.U.A.: Global Rhythm Press.
- Monsiváis, C. (1981). La ofensiva ideológica de la derecha. En P. González y E. Florescano (coords.), *México, hoy*, México: Siglo XXI.
- Ortiz, S., y Camacho, S. (2017). El normalismo rural mexicano y la “conjura comunista” de los años sesenta. La experiencia estudiantil de Cañada Honda, Aguascalientes. *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, 5(10), pp. 243-266.
- Poniatowska, E. (1980). *La noche de Tlatelolco*. México: Era.
- Quintanilla, S. (1995). *Teoría, campo e historia de la educación* (colec. La investigación educativa en los ochenta. Perspectiva para los noventa). México: COMIE.
- Revueltas, J. (2018). *México 68. Juventud y revolución*. México: Era.
- Rodríguez, A. (2019). *Museo del universo. Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*. México: El Colegio de México.
- Ruiz, E. (2018). *El 68: una historia oral más allá de la masacre de Tlatelolco*. México: Instituto Belisario Domínguez.
- Sitton, T., Mehaffy, G. L., y Davis, O. L. (1989). *Historia oral. Una guía para profesores (y otras personas)*. México: FCE.
- Vaughan, M. K. (2019), *Retrato de un joven pintor. Pepe Zúñiga y la generación rebelde de la Ciudad de México*. México, UAA-CIESAS.
- Zolov, E. (1999). *Refried Elvis. The rise of the Mexican counterculture*. E.U.A.: University of California Press.

Archivo

- AGN [Archivo General de la Nación] (1968a, 9 feb.). [Investigaciones Políticas y Sociales, ff. 1-12]. Ciudad de México.
- (1968b, 11 ago.). [Investigaciones Políticas y Sociales, ff. 178-179]. Ciudad de México.
- (1968c, 12 ago.). [Investigaciones Políticas y Sociales, ff. 178-179]. Ciudad de México.
- (1968d, 21 sep.). [Investigaciones Políticas y Sociales, f. 236]. Ciudad de México.
- (1968e, 21 sep.). [Investigaciones Políticas y Sociales, ff. 233-234]. Ciudad de México.
- (1968f, 3 oct.). [Investigaciones Políticas y Sociales, f. 249]. Ciudad de México.
- (1968g, 19 oct.). [Investigaciones Políticas y Sociales, f. 270]. Ciudad de México.
- AHEA [Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes].

Hemerografía

- El Heraldo* (1968a, 3 oct.).
- (1968b, 3, 4 y 5 oct.).
- El Sol del Centro* (1968a, 3 oct.).
- (1968b, 3, 4 y 5 oct.).
- (1968c, 4 oct.).
- Milenio*.

LA HISTORIA ORAL:
USOS Y POSIBILIDADES EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICO-EDUCATIVA

Entrevistas

Rodríguez Prieto, Sergio (2002, 21 may.). Entrevista personal. Aguascalientes.

Galicia, Ricardo (seudónimo) (2002, 24 may.). Entrevista personal. Aguascalientes.

Martínez Jiménez, Jesús (seudónimo)(2002, 21 may.). Entrevista personal. Aguascalientes.

García, David (2002, 20 feb.). Entrevistado por José Luis Engel. Aguascalientes.

Muñoz, Juan Manuel (2002, 20 feb.). Entrevistado por José Luis Engel. Aguascalientes.